

REFLEXIONES DEL PRESIDENTE DE LA CEB

Puntos ciegos

Durante una madrugada hubo un terrible accidente en la costanera de Capital Federal, donde dos jóvenes, uno de 23 años y otro de 24 perdieron la vida. El error que cometieron fue que doblaron en U en la avenida y mientras lo hacían fueron embestidos por otro vehículo que venía en alta velocidad. Cuando escuché esta noticia, me preguntaba qué había ocurrido. Era de madrugada del día sábado, había poco tránsito y las calles parecían más seguras que durante los días normales. Y llegué a la conclusión que el accidente se produjo, no solo por la imprudencia, o el alcohol, o la alta velocidad, o por haber transgredido las leyes de tránsito, sino por los puntos ciegos que todos tenemos. El joven que doblaba en U realmente no había visto venir al auto que lo embistió. El miró, pero no vio.

Muchos accidentes se producen por esos puntos ciegos que todos tenemos. El punto ciego también conocido como papila óptica, mancha ciega o disco óptico es la zona de la retina de donde surge el nervio óptico. Normalmente no percibimos su existencia debido a que el punto ciego de un ojo se suple por la información visual que nos proporciona el otro. También es difícil percibirlo con un sólo ojo, ya que, ante la falta de información visual en la zona del punto ciego, el cerebro recrea virtualmente y rellena esa pequeña área con relación al entorno visual que la rodea.

Pero también hay puntos ciegos que tienen los automóviles que se denominan “ángulos muertos”. Muchas veces miramos por el espejo retrovisor y no vemos al auto que se desplaza a nuestro costado, porque justo en ese momento lo estaba tapando una parte de la estructura de nuestro vehículo.

Las organizaciones, a veces tienen puntos ciegos, que no les permiten ver los cambios que se están produciendo en la sociedad y hacen que los ejecutivos cometan graves errores. Lo mismo puede pasar con los políticos. Toda una nación puede tener puntos ciegos. Cuando todo el horror del nazismo se hizo visible al final de la guerra, el pueblo de Alemania respondió, “Nosotros no sabíamos”. Cuando se le preguntó a un habitante local

respecto a si sabía lo que estaba pasando en el campo de concentración, él dio una respuesta más amplia: “Sí, sabíamos que algo estaba sucediendo, pero no hablábamos de ello, no queríamos saber demasiado”. Primo Levi, escritor y sobreviviente de Auschwitz, describió así el punto ciego de la ética alemana: “A pesar de las diversas posibilidades que tenían para informarse, la mayoría de los alemanes no sabían porque no querían saber. Porque realmente lo que querían era no enterarse. ...Los que sabían no hablaban; los que no sabían no hacían preguntas; los que sí preguntaban no recibían respuestas.”

Los miembros de una familia pueden tener puntos ciegos y no se dan cuenta de los errores que están cometiendo con sus hijos o en la relación conyugal o con los parientes. Pienzan que todo está bien, pero en realidad no es así simplemente porque “no lo ven” y continúan dañando sin tener conciencia de ello.

También como cristianos podemos tener puntos ciegos en cuanto a las necesidades de otros: puntos ciegos sobre el discernimiento; puntos ciegos en cuanto a la interpretación de la Biblia. Por ejemplo, recuerdo a un pastor que nos compartió en una reunión el pasaje de Hechos 14:20 “Pero rodeándole los discípulos, se levantó y entró en la ciudad, y al día siguiente salió con Bernabé para Derbe” Y reflexionó sobre este versículo diciéndonos: “El texto no dice que curaron a Pablo o le brindaron los primeros auxilios, ni siquiera oraron por él después que fue apedreado. Simplemente lo dieron por muerto. El texto dice que los discípulos lo rodearon, y Pablo se levantó y entró en la ciudad”. Aquí hubo un milagro ¿cómo pudo levantarse como si nada? ¿Cómo pudo entrar en la ciudad de donde lo habían sacado y apedreado? Y concluyó diciendo: “Todo esto ocurrió porque la iglesia lo había rodeado.” La aplicación fue hermosa, porque “podemos ser apedreados, lastimados, pero si nos rodea la iglesia, podemos ponernos en pie y continuar nuestra labor”.

Mientras leía y escuchaba esto, pensé “leí muchas veces el mismo pasaje y no vi lo que realmente ocurrió con Pablo. He tenido un punto ciego aquí.” Y a medida que reflexionaba sobre esto, me di cuenta del tremendo valor que tiene la iglesia

“Pero rodeándole los discípulos, se levantó...”

Para el apóstol Pablo la comunión significó su inmediato restablecimiento “rodeándole los discípulos, se levantó”. Lo mismo puede significar para tu vida, aunque hayas sido apedreado, “cascoteado” golpeado, derribado y dado por muerto, si la iglesia te rodea, te levantarás y volverás a la acción con todas tus fuerzas.

Una persona que se había alejado de la comunión me dijo “¡De cuántas cosas me perdí por alejarme! Cuántas veces me he sentido solo, completamente solo y fue cuando caí en un pozo depresivo. Quería morir, quería quitarme la vida. Nadie cree que estoy tan mal, pero estoy mal. Nada tiene sentido para mí” Y mientras me decía estas cosas, vino a mi memoria el día que me dijo que se iba de la iglesia, que yo había cumplido mi misión y que ahora debía seguir solo” Pero confió en el poder sanador de la comunión, del retorno, del nuevo comienzo.

La iglesia no es solo “baluarte y columna de la verdad”, no solamente es “casa de Dios” y morada del Espíritu Santo, la iglesia es el mismo cuerpo de Cristo. Una de las revelaciones más significativas que tuve fue cuando entendí que la forma más evidente y visible de amar a Cristo, es amando a la iglesia. Eso cambió mi vida, mi ministerio, mi servicio, e incluso mis oraciones. Porque la iglesia es el cuerpo de Cristo, cuando rodea a una persona, es Cristo mismo quien la rodea. De esta manera se explica la inmediata restauración del apóstol Pablo.

22, “confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios.”

Ellos no dijeron que los sufrimientos o problemas o tribulaciones eran un mal que debíamos evitar, combatir, escapar o reprender. No dijeron que el diablo era el causante de todos los sufrimientos que tenían, aunque en el fondo podría ser una de las causas, sino que era una necesidad “es necesario que por muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios.” La pala-

bra griega que se traduce por “tribulaciones” también puede traducirse por “aflicciones, angustias, situaciones difíciles, sufrimientos”

Y esto lo dijo después de una seguidilla de graves conflictos: (1) En Antioquía “los judíos instigaron a mujeres piadosas y distinguidas, y a los principales de la ciudad y levantaron persecución contra Pablo y Bernabé, y los expulsaron de sus límites” (2) Entonces fueron a Iconio y después que muchos creyeron en el Señor “los judíos que no creían excitaron y corrompieron los ánimos de los gentiles contra los hermanos. Por tanto, se detuvieron allí mucho tiempo...Pero cuando los judíos y los gentiles, juntamente con sus gobernantes, se lanzaron a afrentarlos ya apedrearlos, habiéndolo sabido, huyeron a Listra y Derbe y a toda la región circunvecina, y allí predicaban el evangelio” (3) En Listra, después de sanar a un cojo de nacimiento “vinieron unos judíos de Antioquía e Iconio, que persuadieron a la multitud, y habiendo apedreado a Pablo, le arrastraron fuera de la ciudad, pensando que estaba muerto”

Fue evidente que querían vengarse de Pablo quien había escapado de sus manos en Iconio. “La tenían jurada”. Y cuando apareció la oportunidad, no la desaprovecharon y lo apedrearón, y luego arrastraron su cuerpo por las calles de la ciudad y lo arrojaron fuera para que se pudra y para que los animales lo devoraran. Ahora, Pablo después de hacer una gran tarea en toda la zona, les aclaró este punto que los nuevos creyentes lo tenían ciego. El punto era ¿por qué Dios permite el sufrimiento si uno está sirviéndole? Pablo no responde a esta pregunta como esperaríamos, sino que les dice que los sufrimientos son una necesidad.

¿Cómo puede ser una necesidad? Porque ¿Cuáles son nuestras necesidades básicas? Aire, agua, comida, ropa, vivienda, trabajo, salud, amor, propósito de vida, orientación, etc. Y nadie jamás mencionaría el sufrimiento como una necesidad, porque es un punto ciego para nosotros.

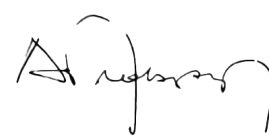
Si superamos ese punto ciego, comenzaremos a entender muchas cosas en la vida cristiana que no entendemos, comenzaremos a crecer en la paciencia, en la tolerancia, en la bondad, en la misericordia, y sobre todo, seremos más fuertes en la fe. Una versión bíblica dice que Pablo y Bernabé “robustecieron la fe de los discípulos” diciendo estas cosas.

Saber que tenemos puntos ciegos, ya es una gran ventaja. Porque nos vuelve más atentos cuando manejamos un automóvil. Saber que tenemos puntos ciegos hace que miremos dos veces antes de avanzar. Nos hace más humildes cuando interpretamos las Sagradas Escrituras porque hasta un niño puede ver lo que nosotros no vemos. Nos hace más fuertes cuando descubrimos aquello que antes no veíamos.

Saber que tenemos puntos ciegos nos acerca a Dios, reconociendo que necesitamos que nos enseñe lo que no entendemos, nos muestre lo que no vemos, y tome nuestra mano cuando el camino se vuelve incierto.

Saber que podemos tener puntos ciegos en cuanto a la iglesia, a nuestra asociación o convención, puede hacernos más abiertos y receptivos en nuestros diálogos, en la resolución de conflictos y en nuestra planificación.

Por eso oramos: “Señor ...abre mis ojos y miraré las maravillas de tu ley” (Salmos 119:18) y cantamos “Abre mis ojos, quiero ver a Cristo”.



Alberto Prokopchuk
Presidente